

CUENTO DE CARNAVAL



## CUENTO DE CARNAVAL

---

—¿Pero de veras no fuiste el año pasado á ningún baile de máscaras? ¡Qué sosa! Yo, desde antes de casarme, tenía decidido ir, después de casada, al primer baile que hubiera, en el Real por su puesto. ¡Si es la calaverada de reglamento para las recién casadas!

—Por la idea que yo tengo de los bailes no me parece que es lo más á propósito para matrimonios...

—Sí, ya lo sé; la diversión no es cosa, es la curiosidad. ¡Me han hecho sufrir tanto los dichosos bailes! Porque ya era sabido, todos los años, al llegar el baile de escritores, re-

gañina con Pepe... Él protestaba siempre que no iría; la noche del baile se estaba en casa hasta más tarde que de costumbre, aparentaba estar muerto de sueño y venía con el traje más viejo que tuviera y hasta con la camisa sucia... Todo para convencerme del esfuerzo extraordinario que le costaría vestirse á las tantas de pies á cabeza... Era humor, la verdad... ¿Quién no se convencía?

Pues con todo, á la mañana siguiente ya sabía yo que el caballero había estado en el baile, muy divertido con una porción de amigos y de... *amigotas*. Ahí tienes porqué tengo capricho de ir á un baile; para ver lo que pasa allí, qué atractivos tiene para los hombres.

—Esa curiosidad comprendo que la tuvieras de soltera; pero ahora, ya puedes comprender los atractivos...

—Menos que antes. No creo que un cachón y una careta basten á cambiar el carácter ni la condición de una mujer... Para

las que vayan al baile dispuestas á ser conquistadas todo el año es Carnaval. ¿No crees?

—Ellas son las mismas. Ellos son los que cambian... Me he convencido de que los hombres son mucho más tímidos que nosotras... Se creen conquistadores y son los conquistados. Con la careta de ellas no son ellas las que se atreven más, son ellos. Con franqueza, vanidad aparte; ¿se te ha declarado algún hombre sin que antes te hayas tú clareado?

—Muchos... ni clareándome, vanidad aparte.

—Ahí tienes el encanto de un baile de máscaras para los hombres. Esa noche se atreven á todo. ¡Pobrecillos! ¡Si yo no sé cómo hay mujeres celosas! Con decirte que Trinidad Acebedo estaba locamente enamorada de mi marido y él no había notado nada; he sido yo quien ha tenido que advertirle y no o quiere creer.

—¡No te fies! Sobre todo, así es tu marido. Luís siempre fué muy formal...

—El ángel de los *luisés*, garantizadas las alas por veinte años y por el P. Reinoso.

—¡Ay, Emilia! ¡Qué síntomas advierto en ti! Luna de miel en cuarto menguante... Me parece que de mejor gana ibas al baile sola que con tu marido. Pero no descompongas mi plan. Pepe está convencido; es preciso embromar á Luís para que también nos acompañe. Dos á dos, no hay remedio; todo el bromazo que podemos permitirnos es cambiar de pareja para desorientar un poco á los amigos. Porque yo voy decidida á dar bromas...

—¡Qué capricho! ¿Y cómo nos vestimos?

—Muy de serio, no vayan á tomarnos por cualquier cosa.

—No, hija; si en cuanto nos vean muy encapuchadas de negro, cogiditas del brazo de nuestros maridos, sin atrevernos á levantar la voz, muy acobardadas, nos tomarán

por lo que somos, por dos pobrecillas cursis recién casaditas, que han ido á curiosear... De seguro que los amigos nos conocen y nos dicen: «A los pies de ustedes...» ¡Nos vamos á divertir!

—¡No me desanimes! Es una vez en la vida...

—No, si iremos, iremos... si yo también tengo curiosidad.

\*  
\* \*

Y como había previsto Emilia, disfrazadas con largos capuchones negros, de una seriedad casi penitente, Emilia del brazo de Pepe y su amiga Enriqueta del brazo de Luís, temerosas de llamar la atención, comunicándose las impresiones en voz baja, paseaban la noche del baile por el salón del teatro Real.

Los grupos bulliciosos, en que sobresalían chillonas voces de mascaritas entre voces y

risotadas hombrunas, como entre los fraques negros, los colorines de algún mantón de Manila, se apartaban respetuosamente para dejar paso á las dos severas parejas.

—Serán dos señoras de la aristocracia—decían algunos; se citaban nombres.

De un grupo saludaron á los caballeros.

—Adios, Luís; adios, Pepe. Vienen con sus mujeres—cuchicheaban luego.

¡Qué bromazo! Una *pierrete* con un antifaz tan escaso que más parecía una venda con ojos, y un escote, tan mal encubridor como el antifaz, se encaró con chulería.

—¡Jesús, qué pena! ¡Ahí va la funeraria!

—¡La funeraria! ¡La funeraria!—repite-ron otras voces con grandes carcajadas.

Emilia y Enriqueta se aferraban al brazo de los maridos con temblor nervioso. Otra máscara comenzó á embromar á Pepe:

—¿Con tu mujercita? Así me gusta. ¡Cómo te acordarás de otros tiempos! ¡Pobrecilla!

¡Si supiera qué tunante estás hecho! ¡Ya, ya le diría yo más de cuatro cosas!...

Enriqueta se había parado delante de la máscara y escuchaba ansiosa; su marido tiraba del brazo de Emilia; se abría paso á empellones para huir de la embromadora.

No le valió, porque á los pocos pasos le rodeaba un tropel de mujeres, una comparsa entera de *estudiantas* con mayor gritería y menos idea de las conveniencias. Decidieron volver al palco y retirarse pronto del baile; los cuatro estaban abatidos, pesarosos, esquivando comunicarse impresiones; solo cambiaban frases indiferentes, como personas entre sí desconocidas:

—¡Qué hermoso está el salón! Hay pocas máscaras bien vestidas... ¿No tienen ustedes mucho calor?

Y así por el estilo.

Las fiestas bulliciosas, que predisponen á intimar con quien no se conoce, rompen como por encanto la intimidad de los afectos

cariñosos. Cuando el corazón desea adquirir, avanza abierto y franco; cuando ya consiguió y solo desea conservar, se recoge silencioso, tímido. ¿Qué expansión puede hallar en un baile un afecto conyugal? Los dos matrimonios se aburrían visiblemente. Más que aburridas, las mujeres estaban tristes. Enriqueta recordaba la historia de sus amores con su marido. Pepe tenía fama de mujeriego; unas por él mismo, otras por chismorreos de amigas, sabía ella de mil historias y trapisondas con mujeres casadas, con mozas alegres. Nunca había pensado en ellas con tristeza, en su vanidad de esposa triunfadora; pero aquella noche, cada pareja, cada mujer, evocaba un recuerdo; sentía celos retrospectivos de toda aquella vida de su marido, que no había sido suya; unos celos intensos, desesperados, de esos que impulsan á cometer una falta por igualar la partida ó por lo menos á inventarla, calumniándose. Emilia, en tanto, consideraba las circuns-

tancias que la habían unido á Luís. El corazón nada le dijo nunca en favor suyo; en cambio cuantos la rodeaban influían con ella para presentárselo como soñado esposo. ¡A todos les parecía tan bien! De no quererle hubiera pasado por loca ó extravagante, y le aceptó como se acepta una moda. A ningún otro hombre había querido; pero comprendía que á cualquier otro hubiera podido quererle más. Allí mismo, en el baile, ¡cuántos hombres apuestos, elegantes, cuántos á quienes ella no conocería en su vida! ¡Y pudiendo haber amado á uno entre mil, era esposa de uno elegido sin comparación!...

De común acuerdo decidieron retirarse á casa. Podían despedirse de los bailes.

Ya en su casita cada matrimonio, Enriqueta rompió á llorar como una chiquilla; el marido se quedó espantado creyendo que se había vuelto loca...

—¿Pero qué es esto? ¿Qué te pasa? Y ella, abrazándole apasionada, lloró sus quejas, sus

celos desesperados, preguntó implacable:

—¿Quién fué la primera? ¿A quién quisiste más? ¿Cómo la conociste? ¿Porqué la dejaste?...

Y Pepe, atolondrado, conmovido, tuvo que contestar á las preguntas, una por una, y más expresivo que nunca en su cariño tranquilizarla punto por punto...

—¡A ti más que á todas, más que á todas juntas!

Y Enriqueta, rendida á la evidencia, sonreía resplandeciente, porque, en efecto, su marido tenía una respuesta tranquilizadora para cada nombre de mujer preguntado.

Luís, bien ajeno á los pensamientos de su mujer, pudo acostarse tranquilo, y aunque le pareció más cariñosa que nunca, ni él lo extrañó, ni se le ocurrió preguntar nada, porque los hombres vanidosos creen que todo se lo merecen; pero en rigor, también pudo preguntar algo.

## LA ELECCIÓN DE TRAJE